

cesa del sentido común.—Creyó esta escuela salvar todas las dificultades filosóficas, apelando para resolverlas á un sentido común, análogo al sentido externo, y susceptible como éste de una experiencia, suficiente para acreditar sus leyes, como acreditan las suyas la Física y la Química.

Sostenía Reid que el alma no es una *tabula rasa*, sino que hay escritas en ella juicios primitivos, ajenos á la experiencia externa, y accesibles á la observación interna. Los datos—decía—del sentido común son *hechos* que la conciencia nos revela.

Admitía además su filosofía principios: especulativos, como los axiomas lógicos y matemáticos; y prácticos como el de que somos responsables de cuanto depende de nosotros.

No se puede negar que el sentimiento á que obedecía Reid se hallaba inspirado por sana teoría. Mas no aparece su teoría tan desenvuelta y conforme con la práctica, como permite y exige el criterio viviente.

Esos principios escritos en el alma tienen ya el carácter objetivo, que por haberse detenido á deshora en el camino de la relación, conservó también el apóstol de lo relativo llamado Renouvier.

Si los principios especulativos aparecen escritos en el alma, es simplemente á favor de la *reflexión*, considerada en abstracto, y divorciada de su indispensable consorte: el sentimiento correlativo.

La especulación (función de espejo), se sobrepone así á la función práctica (función *dinámica* del pensamiento), función sostenida por el *dinamo* intelectual, por la causa suprema, por el polo indefinido é indefinible, desconocido é incognoscible, en igual grado que el polo opuesto definido y

obstinadamente definido (en absoluto).

Por estas consideraciones se sugiere la conclusión de que la escuela escocesa del sentido común viene á ser un simple empirismo; muy ilustrado á la verdad; pero que no lleva sino á consecuencias positivas, privadas inoportunamente por una reflexión viciosa, de los altos vuelos de la idealidad correlativa.

Reino, del latín *rex*, contrapuesto á *lax*, como lo real á lo ideal.—El dominio de un rey: el Estado dirigido por un solo individuo representante de la ley.

En la Naturaleza se admiten tres reinos: el mineral, el vegetal y el animal. Algunos, aunque pocos, han añadido el humano.

En esto, efectivamente, cabe divergencia; porque desde el punto de vista de la inteligencia, el hombre no sólo es un reino propio, sino que figura como un polo en el orden universal; mas en lo que tiene de Naturaleza, aparte del Espíritu, participa de los órdenes naturales, vegetativo y sensitivo.

En lo que no ha habido acierto, es en adjudicar exclusivamente la vida al vegetal y al animal; y no contar con ella en la función inteligente del hombre. Se ha temido acaso que al asimilar la vida espiritual á la del animal ó la de la planta, perdiera aquélla sus privilegios, y sobre todo el de la inmortalidad, ó sea el de su permanencia necesaria.

Pero la vida inteligente, como fraguada en el polo indefinido del Universo, es por lo menos tan necesaria y permanente como el otro polo positivo ó inorgánico, que sirve de base ó fundamento pasivo á la Creación. Sabemos con seguridad que estos

polos subsisten durante la vida humana en las formas, real é ideal; sabemos también que el ideal *debe* subsistir, y tenemos fe en tal subsistencia para el pensamiento individual después de la muerte corpórea, porque es el único medio que nos resta para simbolizar la función que prácticamente nos lleva á la realización de lo indefinido en formas ideales.

Reír, del latín *ridere*.—Función humana, que no puede ejercitar ningún animal, ni aun en los gestos que la revelan exteriormente.

Para reír, como para hablar, es preciso tener el concepto de aquello de que se ríe, y así como después de concebir, respecto del mundo que habitamos, buena ó mala idea, se la expresa con palabras; así también se la puede expresar con signos que valgan tanto como las palabras.

El reír puede ser signo de muy diferentes ideas; hay risas significativas de placer, y hasta de dolor, de menosprecio, de indiferencia, de bondad y de maldad.—Cada una de estas risas tiene su carácter propio, relacionado con el concepto que la inspira (sonrisa, risa moderada, estrepitosa, etcétera).

A la risa se contraponen el llanto, no con bastante razón, porque si comunmente se llora por dolor, también se llora á veces por relativo placer.

En la risa y en el llanto, como apreciaciones exteriores del sentimiento, cabe, como en la palabra, cierta arbitrariedad de formas correlativas.

Relación, del latín *res*, cosa, y *latus*, llevado.—Función en la que aparece la necesidad de cosas distintas en un sentido é idénticas en otro.

Es necesaria la relación mutua entre las cosas particulares; y entre to-

das las cosas particulares y lo que las comprende en general.

Las cosas diseminadas y sin sujeto que las *una* no serían *cosas* para nadie. Serían cosas en sí, si pudiera alguna cosa concebirse en sí, sin que se fraccionara el concepto en el acto mismo, figurando por un lado como cosa conocida, y por otro como conocimiento de alguna cosa.

Se significa la relación simple por el verbo *ser*. Este verbo es el signo de la relación que se expresa en la más sencilla proposición.

Mas el ser que relaciona los términos de una proposición, ha de relacionarse de nuevo con el *no ser*, so pena de que el ser se eximiera de la ley de relación, que él mismo significa en uno de sus sentidos (el determinado). Aquí cesa de oficiar la *teoría* de la relación.

Mas el *ser*, prácticamente relacionado con el *no ser*, es el *hacer*; la función activa, que permite el desarrollo de todas las categorías lógicas, de los hechos experimentales á ellas subordinados, y de los hechos ideales que resplandecen en la cúspide del sistema de la vida.

La relación teórica es ley suprema del Universo; pero no el único elemento de la función universal. Correlacionada con el *no ser*, recibe de éste un límite pasivo, y se somete á otro activo; tornándose en relación viviente, autónómica, que da cuerpo á lo indefinido, y recibe á su vez de lo indefinido, persistente en teoría, el espíritu que la informa.

Relacionante y relacionado, de relación.—Relacionado está lo que se cuenta ó escribe llamándolo relaciones de tales ó cuales cosas, como por ejemplo de servicios, de

hechos, de acontecimientos, de datos de cualquier género.

Sin relacionar las cosas, es imposible aprovecharlas para un fin ideal.

Mas una vez relacionadas, todavía es preciso que las someta á su voto un juez *relacionante*.

No basta una simple *relación* de

1.º *Elementos*: Fenómeno — Ley — Función.

2.º *Categorías*: Cantidad — Calidad — Causalidad | Teoría.

3.º *Funciones*: I. Cantidad: número, extensión } *ser*: función teórica } función
II. Calidad: género, diferencia } } viviente.
III. Causalidad: activa y pasiva | *hacer*: función práctica }

méritos para juzgar á un individuo. La práctica de estos méritos, y no la relación en el papel, es la que engrandece de *verdad*.

Relacionar, de relación. — La función de relacionar ha tenido tres etapas históricas:

1.ª La fenomenal, en tiempo de los sofistas, que se contentaron con consignarla como un hecho fundado en las divergencias de los filósofos.

2.ª La de ley, en la escuela escéptica, después de Sócrates y de haberse examinado los sistemas procedentes de su escuela.

3.ª La funcional positiva, en manos de Renouvier, que la analizó y sintetizó como identificación, distinción y determinación.

La 4.ª y última etapa es la que añade la indeterminación (antisíntesis), como coeficiente indefinido, á la función positiva de Renouvier.

La función positiva de Renouvier se adaptó simplemente á las funciones inorgánicas, las que siempre *son hechas* y no se hacen á sí propias.

Para llegar á la relación práctica hay que contar con la síntesis negativa, que la vida utiliza, no ya para *ser* simplemente relación, sino para *hacerse* á sí propia, relacionando fun-

ciones vivientes, y todas las funciones vivientes con lo no viviente, que se distingue de lo viviente en no *hacer* su propia relación.

Relaciones fundamentales. — He aquí un cuadro sugerido por el concepto de la ciencia viviente:

Relámpago, del latín *resplendens*, resplandeciente. — Claridad fugitiva, que acompaña al rayo en las tempestades, y puede aparecer por sí sola sin que se sienta el rayo correlativo.

Luz producida en una función, que entre otros modos de *hacerse*, tiene el de hacerse función luminosa.

La función eléctrica es producción del relámpago; pero no se produce á sí propia, ni se reproduce una vez agotados sus elementos productores.

El relámpago de la vida es un instante del pensamiento, luz *teórica del rayo práctico*, que surge en la relación entre los agentes externos y la ausencia de todo agente externo, lo indefinido, lo libre. Este rayo, que en la Naturaleza inorgánica es actividad pasiva, se revela en la orgánica por el brote de unos órganos, por el latido de otros, y por el latido de la inteligencia en el individuo consciente.

El relámpago es la luz que permite ver el rayo, que de otro modo sólo se dejaría sentir. Figura en el hombre como reflexión fría, y relativamente inmóvil, que contrasta con el calor y la rapidez del rayo (sentimiento).

La vida consciente de sí propia es un relámpago (ó más bien un relam-

pagueo), que dura por la reproducción de su unidad en unidades subalternas, que le dan cuerpo y consistencia.

En el *mínimo* relámpago del pensamiento es donde puede elevarse la reflexión á su *máxima* potencia. Aprovecharla bien es la única solución que cabe dar al problema filosófico.

Religión, del latín *res*, cosa, y *lex*, ley. — Ideal supremo, que se fragua en el espíritu como símbolo de aquello, que no podemos menos de acatar, porque impone: por un lado un límite insuperable á nuestra inteligencia; y le sirve por otro de manantial inagotable de todo cuanto aprende y puede aprender.

El símbolo religioso se fragua paralelamente á todo el orden vivo de la Naturaleza y del espíritu.

A una ciencia, una moral y una estética embrionarias y deficientes, corresponden un símbolo y una religión deficientes.

Al paso que la ciencia conquista por un lado nuevos horizontes, la religión inspira por otro, libremente y anticipándose á menudo á la ciencia, horizontes ideales, que los sucesivos progresos científicos comprueban, ó no, como armónicos con sus ideales conquistados.

Dos imperios se constituyen: uno en la sombra y otro en la claridad, bajo el reinado cada cual de un individuo ó con la cooperación de muchos; y estas dos nacionalidades viven siempre en guerra, hasta que caen en la cuenta de que un acuerdo mutuo conviene á la prosperidad común.

La función religiosa más sencilla y elemental consiste en el amor á la realización de lo indefinido y la vo-

luntad de realizarlo. A estos elementos agrega la fe una realidad más ó menos vaga, que da cuerpo á lo indefinido.

Semejante cuerpo, indispensable siempre en la reflexión, ó sea en la ciencia, aparece en su grado *mínimo* como un sentimiento de negación, un símbolo de no saber y de no ser, que no puede traducirse de otra manera en el pensamiento.

El hombre menos religioso, el ateo, tiene fe en este símbolo, en el mero hecho de fijarse en él, de darle un nombre y una forma ideal, aunque sea la de un tiempo y un espacio vacíos. La verdad es que, si cree saber lo que dice, dice lo que no sabe.

La irreligión es ya religión, aunque religión negativa.

Contra la religión negativa se levantan las religiones positivas, desde la adoración del fenómeno á la de la ley, y luego á la de la función generatriz y á la generación del bien.

En una palabra, así como cabe dar al pensamiento positivo todas las formas de la realidad positiva; cabe también dar á la realidad negativa todas las formas de la realidad positiva y del pensamiento.

Hay aquí una segunda reflexión, que se detiene en un punto del proceso reflexivo; porque en alguna parte necesita detenerse para aparecer en un individuo; y semejante reflexión, comenzando por un punto, puede ampliarse indefinidamente.

La solución del problema tiene dos partes:

1.ª Reconocer unánimemente que lo indefinido, realizado de cualquier modo en el pensamiento de quien lo siente, es en cuanto idea, sea de cualquier género, positivo ó negativo, un símbolo de aquello á que el sujeto

humano no llega jamás ni puede llegar; porque la vida es movimiento, y llegar al fin del movimiento es llegar á nada que pueda caer dentro de la vida humana.

2.^a Reconocer que en la necesidad de un símbolo, en la precisión de tener fe, procede tenerla en lo que humanamente aparezca mejor, en lo que realice armónicamente el bien particular y el bien universal.

Religión viviente.—El que profesa la filosofía viviente, lejos de carecer de religión, tiene forzosamente una fe relacionada con su ciencia, y una ciencia relacionada con su fe. Sólo pretende se le conceda que entienda á su modo la relación entre la ciencia y la fe, prefiriendo este modo á los demás, sin negar la posibilidad de que cualquier otro modo de entenderla sea mejor que el suyo, sobre todo para la felicidad del individuo en quien recaiga.

En cuanto á la preferencia *absoluta* de un modo particular de entender la religión, no hay forma de discutir. Todos los modos particulares caben dentro de la función en general, función irrealizable en absoluto; pues deja de ser función en general en cuanto comienza á realizarse en particular.

La preferencia ha de ser siempre relativa á las diversas relaciones que el dogma cristiano eleva á la mayor altura apetecible.

Religión y ciencia.—La religión y la ciencia son dos modos distintos de un solo ideal.

Se identifican en ser ideales.

Se distinguen en el modo de serlo.

La religión (re-ligión) se impone como ley: la ciencia como ley y libertad: ambas como función común de legislar.

Hay conformidades entre la religión y la ciencia: positiva y negativa.

La conformidad negativa consiste en que ninguna de ellas puede negar victoriosamente á la otra.

Ni la ciencia sabe bastante para sobreponerse á la fe.

Ni le basta á la fe esfuerzo alguno para sobreponerse en absoluto á la duda.

El objeto absoluto de la fe, ni le pueden afirmar, ni le pueden negar en absoluto la ciencia ni la fe.

La otra conformidad, la conformidad positiva, se realiza entre el símbolo religioso y la conciencia moral humana.

Cuando una religión se acerca con sus símbolos todo lo posible al bien absoluto, en armonía siempre con las exigencias de la ley moral, se conforman entre sí la ciencia y la religión.

La función común de ley y de libertad no es función del saber absoluto, ni de absoluto no saber, sino función de *creer* y de *dudar*.

Científicamente se ha de creer lo fenomenal y positivo, en el orden de producción y reproducción acreditado por la experiencia.

En las esferas religiosa y moral se debe creer siempre lo mejor, aunque pueda no realizarse en el mundo sometido al ideal científico.

Religiosidad, de religión.—Condición ineludible de la vida humana.

En vano tratan de esquivar la religiosidad los que hacen alarde de no profesar religión alguna constituida ó positiva.

El hombre tiene religiosidad desde que siente su ignorancia necesaria, no ya sólo en teoría, sino también en la práctica.

En teoría confiesa con Prondhom

al Dios desconocido. En la práctica siente la causa suprema, é invoca al creador, aunque no lo entienda.

En general esta religiosidad es ya una religión definida en primera instancia; inicia al menos la idea que puede forjarse el pensamiento más comprensivo: una *religión verdadera*.

Falta, y esto es ya potestativo, definirla en segunda instancia, y llegar á una religión más verdadera; porque se fragua un contenido íntimo, aunque protestando siempre que tal contenido no es de este mundo; pertenece á la *fe mística*.

Así se va en última instancia hacia una religión verdadera.

Bien puede entonces calificarse de verdadero lo que se encarna en la función moral, santificada por la fe.

Después de esto cumple al pensamiento atribuir verdad á todo aquello, que viniendo de la sombra mística, visto á la luz intelectual se justifica plenamente.

Así se justifica el cristianismo:

1.^o En la historia.

Hanse visto en ella las cuatro formas que puede darle la razón.

De fenómeno en la India, de ley en la Judea, de persona humana en la mitología, y de persona divina en el cristianismo.

El cristianismo, última forma histórica, es la única religión que satisface todas las exigencias del pensamiento.

La religión que, consciente ó inconscientemente empieza deificando á la naturaleza en formas variadas, desde la piedra hasta el hombre (politeísmos indio y griego), se desvanece en cuanto lo justiprecia el espíritu viviente; como desaparecen la libertad y la vida, concebidas sobre la base

de la materia, ante conceptos de más elevada categoría.

Empero la religión más legítima, que empieza deificando al sujeto absoluto (religión hebrea) tomando, cada vez con más sublime inspiración, un carácter sobrehumano; debe conservarse, y aun fortalecerse, en la serie de los tiempos, con los progresos del estudio filosófico y con el funcionamiento progresivo de la inteligencia humana.

2.^o En los ámbitos de la conciencia individual.

Esta conciencia enseña que lo que no se puede saber no se debe pensar demasiado.

Ante el sentimiento que nos inspira creencia, correlativa con la eterna pesadilla de lo que no se puede saber; lo que procede es *asentir* reflexivamente, si la correlativa reflexión se declara satisfecha en su perpetua aspiración al soberano bien.

Esté asentimiento es la creencia autorizada por la ciencia, y la ciencia vivificada por el sentimiento de un soberano bien.

El soberano bien tiene por *nuncio* en general la moral humana; y por mediadores entre él y lo humano, todas las formas del bien posible en el mundo.

3.^o En los representantes especiales de la religiosidad.

Debieran representar la religión y *reasumir su autoridad*; los más buenos y los más sabios del mundo; en una palabra, los mejor inspirados respecto de todas las formas del bien.

Este ideal, sin embargo, puede no realizarse, y á menudo no se realiza. ¿Qué partido queda, accesible á la multitud, al vulgo, que siempre es la mayoría, y entre el cual debemos contarnos todos modestamente? *Aca-*

tar la autoridad, aunque con límites variables, que no pueden fijarse de antemano, y cuyo deslinde queda confiado á cada uno *pesando* sobre su *responsabilidad*.

Filósofos notables suponen que puede bastarse la razón á sí propia, para *representarse* el dogma religioso, sancionando formas muy creíbles y *dándose las á creer*. Pero la fe no es secundaria respecto de la ciencia, sino primitiva también. La *fe secundaria* será siempre racionalismo, enfrente de la cual quedará indispensablemente, con libertad é independencia correlativas, el misticismo. Habrá sus alternativas, sus matices; pero no es necesario, ni mucho menos, que la humanidad entera se haga decididamente racionalista. Este partido filosófico no se adapta á las condiciones del sexo femenino, del niño, del vulgo, y aun el filósofo no la adapta, sino por una fe *EXCESIVA en su saber*, que no elimina jamás el sentimiento correlativo de lo que ignora.

El sentimiento es un representante especial de la religiosidad, y tiene representantes en el mundo. En ambos conceptos es necesario; no ha faltado jamás: como sentimiento nadie deja de sentir un conato, al menos, de religión; como representantes especiales, muchas personalidades han sido elevadas á tal altura en las diversas civilizaciones.

El sentido común y el sentido filosófico, ejercitados de mil modos, nada han hallado superior al dogma predicado por el divino Salvador Jesús, y por las eminencias religiosas que han representado en la tierra su sagrado ministerio.

4.º El milagro.

El sentido filosófico asienta que la vida en el pensamiento cuenta en

primera línea con el misterio, donde se encierran juntos lo contradictorio, lo imposible, lo milagroso: modos distintos de expresar lo que, careciendo de relación con la vida humana, se siente por el hombre como superior á su razón, y respetable al menos en virtud de esta misma superioridad.

Asienta además el sentido filosófico, que el respeto necesario á las religiones que adoptan en el símbolo de sus creencias lo misterioso y milagroso, coincide con el lugar privilegiado que el organismo científico otorga á la aspiración eterna á realizar lo ideal, lo futuro, lo más profundamente ignoto, lo significado al fin con objetivaciones imaginarias, con figuras que pueden muy bien hallarse de acuerdo con el símbolo religioso realizado en el sentimiento puro.

En todo caso añade la reflexión, que si dentro de su esfera propia se arruinaría, entendiéndolo por milagro la absoluta contradicción de hacer posible en absoluto lo absolutamente imposible, excluyendo así el milagro hasta del poder de Dios; en compensación entiende que dentro de la vida todo tiene algo de milagroso, comenzando por la vida misma, en cuanto lo realizado y lo realizable, lo conocido y lo cognoscible, lindan siempre con lo ni realizado ni realizable, ni conocido ni cognoscible *humanamente*. La relación interviene aquí, como en todos los casos y circunstancias, imponiendo su criterio salvador en los ámbitos humanos.

Si, dejando ya de concebir el milagro como absoluto imposible, realizado á pesar de la absoluta imposibilidad de realizarlo; se concibe todo lo humano relacionado con la intervención milagrosa de Dios; semejante intervención admite grados en nú-

mero indefinido, y los más altos grados, concebidos en un mismo instante, pueden muy bien merecer el privilegio de llamarse milagros por excelencia.

De esta suerte, ante el criterio de la ciencia viviente tiene, hasta en el milagro, fundamento racional el cristianismo.

En los pormenores relativos á fórmulas externas y accesorias cabe á menudo oponer á la autoridad religiosa las dudas importunas, opuestas por la razón, y formuladas especialmente sobre la revelación y los milagros.

Reloj, del griego *hórológium*, hora.—Instrumento para medir el tiempo, mediante el espacio.

Siendo el movimiento función de tiempo y de espacio, se aplica al primero la medida propia de este último.

No puede el tiempo medirse á sí propio, porque es precisamente la negación de espacio. Sólo le puede sentir el individuo, que le realiza en y para su función individual.

El ser vivo es este reloj, que no sólo marca como el reloj máquina, sino que realiza el tiempo, ó sea lo indefinido en el espacio, *para sí propio*, llegando hasta sentirse, en cuanto tiene de sí propio, fuera del espacio en las profundidades de lo indefinido.

Remedio, del latín *res*, cosa, y *medium*, medio.—El mal debe ser combatido exteriormente con remedios.

El combate contra el mal *por dentro* de la función viviente, está reservado al individuo, y tiene siempre, como éste, un factor indefinido.

Es preciso, pues, que los remedios aplicados exteriormente, sean consen-

tidos por la función que se quiere remediar.

Es el remedio un *medio*, más ó menos lejano del fin que se desea.

¿Cómo calcular la oportunidad, y sobre todo el resultado, de los remedios?

La oportunidad depende de tantas circunstancias; se halla tan contrariada por el carácter singular de cada individuo; y en el resultado han de tomar parte tantos acontecimientos fortuitos, agregados á la espontaneidad individual, que todo cálculo resulta aventurado.

En Medicina, en Política, en Educación moral, es siempre más lo que se debe al orden providencial de los acontecimientos, que al auxilio prestado por el arte.

No por eso deja de ser el arte eminentemente provechosa, cuando se la ejercita con prudencia y discreción.

Reminiscencia, del latín *re*, muchas veces, y *mens*, mente.—La *reminiscencia* de Platón se relaciona muy bien con toda síntesis ideal presente, en relación con un pasado, que se destaca de lo presente como elemento analítico indispensable.

Todo conocimiento supone reminiscencia de lo pasado, que aparece obscuro ante la claridad de lo actual (evidencia).

En concepto de Aristóteles sucede todo lo contrario; es, según él, la reminiscencia una evidencia de lo presente ante la obscuridad del porvenir.

De todas suertes la reminiscencia de una vida anterior que suponía Platón, es un simple modo de idealizar en un momento presente lo pasado, como se idealiza tan á menudo lo futuro (indeterminado) en un momento presente.

Pasado y futuro determinables *re*

lativamente en idea, son en *absoluto* indeterminables.

Remordimiento, del latín *re*, á menudo, y *mordere*, morder. — Cada individuo moral tiene en sí mismo un tribunal, que le aplaude, le acusa y le absuelve ó condena por sus actos.

Cuando este tribunal le condena, el reo sufre el remordimiento; tal es el castigo impuesto por la conciencia propia. Además de esta pena, la conciencia ordena la de deshacer ó remediar en lo posible el mal hecho.

El individuo sufre el castigo, por su carácter de representante de la ley en general, que él hace en particular mediante sus determinaciones propias.

Una acción mala califica al hombre de malo, en razón del uso que ha hecho de su libertad para particularizar la ley general.

Si resultara, no sólo mala esta determinación moral en un caso dado, sino la función misma de determinarse moralmente, dejaría de ser lo acontecido un caso agudo eventual, sería un caso crónico y el delincuente un malvado.

Los malvados pueden tener escasos remordimientos. Los que suelen experimentarlos en mayor grado son los que delinquen bajo la forma aguda, accidental y transitoriamente.

Renan, filósofo francés de brillante inteligencia, pero afiliado á la escuela de Compté, que propende á un positivismo exagerado.

Semejante condición lo hace muy á propósito para representar el estado de los ánimos en la época actual; y simpatiza por ella con la mayoría de los que se complacen en ejercitar su propio pensamiento; pero no deja de inclinar demasiado la balanza de la razón hacia uno de sus lados, desentonando así el coro que, aunque par-

tiendo del suelo, debiera elevarse al cielo en el escenario de la vida.

Rendición, del latín *res*, cosa, y *dare*, dar — Supresión de una función á favor de otra que la absorbe.

La discusión de un punto dado se rinde á la evidencia, si versa sobre objetos determinados, y á la ignorancia forzosa si versa sobre lo indeterminado.

Renegar, re-negar. — Negar muchas veces; negar en absoluto.

Nadie puede renegar ó negar en absoluto sus creencias. Aunque dejen una vez de ser suyas, lo habrán sido anteriormente, y no puede responder de que en lo futuro no renazcan.

Si las creencias son ó han sido religiosas ó morales, hay tanto más motivo para no renegarlas, cuanto más fundadas estén en sentimientos ineludibles, y consideraciones dignas de atención ante una conciencia honrada.

Renouvier, filósofo francés, menos conocido y estudiado de lo que corresponde á su indiscutible mérito.

Con el firme propósito de continuar á Kant, se elevó por la crítica (forma moderna del antiguo escepticismo), no á una razón pura y otra práctica divorciadas entre sí; sino á un consorcio común (identificación), sin perjuicio de cierto grado de divorcio (distinción), llamado RELACIÓN.

El estudio de la relación, en todos sus grados y formas, le llevó á tres principios comunes del contenido intelectual: *fenómeno*, *ley*, *función*.

Impónese desde el principio la obligación estricta de *definirlo todo*, y no contar jamás para su construcción filosófica sino con datos *definidos*.

Matemático insigne como pocos, inventor de reformas matemáticas

radicales, que nadie antes que él había imaginado; su criterio debía ser siempre positivo: objetivo, con preterición del subjetivo: matemático predominante sobre el lógico.

De aquí resultó su obra perfectamente acabada desde el punto de vista matemático y positivo. Sólo dejó á sus sucesores el trabajo de *equilibrar* con las matemáticas las consideraciones lógicas; haciéndolas figurar en dos polos correlativos, é instalándose en el centro como medio viviente y aspirante á vivir del mejor modo posible.

Para llegar á este *desideratum* de la vida, bastaba *impulsar* tendencias ya muy marcadas de Renouvier, al concebir las *funciones*, al distinguirlas en representadas y representativas, y al correlacionar lo relativo con lo absoluto. Modificaciones al parecer leves debían llevar á resultados importantísimos.

Pero la base estaba ya dada, el terreno para levantar el edificio de la ciencia estaba preparado con todo el primor posible, desde que salieron de la imprenta los *Ensayos de Renouvier*.

Ensayos que, habiendo bastado para despejar el horizonte de nubes substanciales, y dejar limpia y pura la atmósfera de la relación, debían llevar á edificaciones seguras y resguardadas de las inclemencias de los tiempos.

Renuncio, del latín *re*, seguido, y *nunciare*, decir, anunciar. — Le cometen los que, distraídos en el juego filosófico, no sirven, cuando se les pide, alguno de los polos que se hallan siempre en su reflexión, escondiendo uno de ellos detrás del sentimiento actual.

Esta especie de escamoteo no les

impide sacar cuando les conviene el polo que han escondido.

No se debe renunciar á ninguno de los elementos lógicos de toda función filosófica.

Reparar, del latín *reparare*. — Reponer el par, la disyuntiva, á aquello que se propone como síntesis positiva.

Oponer la reflexión al sentimiento, que mueve á afirmar práctica y definitivamente.

Presentar *reparos* es oponer defectos en las obras humanas.

Repasar, re-pasar. — Pasar de nuevo. Con el cuerpo se pasa dos y más veces por un mismo sitio.

Mentalmente se pasa de nuevo por el pensamiento, desde cada paso que va dando, á la serie de pensamientos que han pasado en la vida intelectual.

Este ejercicio práctico es favorable á la formación de buenas teorías.

Repercusión, *re*, por y acción. — La percusión se hace en un punto dado del espacio; la repercusión se hace en opuesta dirección.

En sentido figurado se habla de repercusiones en el cuerpo viviente, y aun en el sentimiento y el pensamiento.

Repetición, de repetir. — Tres veces se repiten en la vida el ser y el no ser, y luego de cuatro en adelante, como serie indefinidamente prolongable.

La primera vez, el ser pide no ser, y el no ser pide ser.

La segunda vez, el ser y el no ser se conceden mutuamente lo que pedían; pero una vez concedido piden más.

La tercera vez, nueva concesión y nueva repetición del pedido.

Desde la cuarta en adelante, siguen